Globethics Repository



Papado y ecumenismo [Papacy and ecumenism]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Taibo, Ramón
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-17 20:49:20
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/223607

PAPADO Y ECUMENISMO

Por RAMÓN TAIBO

Permítasenos decir de entrada que no existe en nosotros el más mínimo propósito de abrir con este trabajo ninguna clase de polémica sobre un tema acerca del cual es sabido que existen profundas diferencias entre la Iglesia Católica Romana y las Iglesias surgidas de la Reforma del siglo XVI, o de ella derivadas, las que por muchos son conocidas con el nombre de «protestantes», que, hasta hace muy poco, se empleaba como despectivo.

La distinta posición que, respecto del texto del Evangelio de San Mateo, cap. 16 y vs. 17-19, adoptan la Iglesia Católica Romana y las Iglesias reformadas es bien conocida.

Por ejemplo, en el Libro de Oficios Divinos y Administración de los Sacramentos y otros ritos en la Iglesia Española Reformada Episcopal, de la que soy obispo, y que es de doctrina y estructura anglicanas, en las Oraciones de Conmemoraciones para ciertos días del año, la de la festividad de San Pedro (29 de junio), dice textualmente: «¡Oh Cristo, el Hijo del Dios vivo, a Quien Pedro afirmado sobre la piedra confesó verdaderamente, pues no la piedra de Pedro, sino Pedro tomó su nombre de la piedra en que está fundada la Iglesia! Te rogamos humildemente nos concedas, que de tal manera te confesemos, que obtengamos, como él, tu santa bendición. Por tu misericordia, oh Cristo nuestro Dios, que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas por siempre jamás.»

Es lo que ya en el siglo XVI afirmaba un ilustre reformista español, Juan de Valdés, autor de un libro clásico de nuestras letras, *Diálogo de la Lengua,* y quien en otro suyo titulado *El Evangelio según San Mateo, declarado por Juan de Valdés,* comentando el texto evangélico que líneas antes hemos citado, se expresa de este modo: «Como gratificando y confirmando Cristo la confesión de San Pedro, entiendo que dice: "Y yo también te digo a ti que", etc., como si dijese: "Tú me has confesado a Mí por Mesías, hijo de Dios vivo, y Yo te doy a ti este nombre de piedra y te digo más, que sobre esta piedra edificaré mi iglesia", etc. Adonde entiendo que dice Cristo que había de edificar su iglesia sobre la confesión de San Pedro, entiendo que el fundamento de la Iglesia es confesar a Cristo por Mesías, hijo de Dios vivo... De esta manera entiendo que la Iglesia cristiana está fundada sobre creer de Cristo lo que aquí confiesa San Pedro... Queriendo Cristo gratificar aún más la confesión de San Pedro por confirmarla y establecerla más, le dice: "Y daréte las llaves del reino de los cielos", y entiendo que, declarando qué llaves son éstas, dice: "y lo que atarás sobre la tierra", etc., de manera que estas llaves consistan en el atar y en el desatar. Estas llaves entiendo que las tuvo Cristo mientras vivió corporalmente entre los hombres, y entiendo que pronunciando aquí a San Pedro por bienaventurado y confirmándolo en la fe que tenía de él, usó de la una de las llaves, y de la otra entiendo que usaba cuando pronunciaba por infieles a Corazain, a Betsaida y a Capernaum, y cuando pronunciaba por hipócritas a los pontífices, escribas, saduceos y fariseos... También entiendo que usaban de la una de estas llaves los apóstoles cuando admitían a la congregación cristiana a los que confesaban que Jesús es el Mesías, hijo de Dios vivo... de manera que el uso de estas llaves sea confirmar la fe del que, creyendo con el corazón por el Espíritu Santo, confiesa por la boca aquello que cree, afirmándole que su fe es buena, como hizo aquí Cristo con San Pedro.»

Aun cuando habría que establecer «matices» en el concepto que del Papado tienen las Iglesias separadas de Roma (ortodoxas, anglicanas, protestantes, etc.), ya que habría algunas que estarían dispuestas a aceptar que tuviese un primado de honor, pero siendo, eso sí, sólo *primus inter pares,* y, en cambio, otras no estarían de ningún modo dispuestas a ello, creo no equivocarme al decir que, en general, todas defienden el principio doctrinal de que la fe en Cristo, como don de Dios, es el fundamento de la Iglesia, y que el poder de las llaves de San Pedro no es peculiar suyo, sino, también, común a los restantes apóstoles. Y, al hacerlo así, no son, por supuesto, Iglesias acéfalas, puesto que su Cabeza es Cristo.

ECUMENISMO, ACTITUD ESPIRITUAL

Igualmente, y en cuanto al Ecumenismo, cabe decir que hay diferencias sobre lo que es, significa y representa entre la Iglesia Católica Romana y las demás Iglesias Cristianas.

Para la Iglesia Católica Romana el fin del Ecumenismo es, en definitiva, el «retorno» a su seno de las otras Iglesias Cristianas, de ella separadas, pues se considera la única Iglesia. En cambio, otras Iglesias, humildemente, sin carácter de exclusividad, no se proclaman la única Iglesia, sino, como es el caso de la Iglesia de la que soy obispo, que en la primera de las Bases que la rigen afirma que es «una rama de la Iglesia Universal de Cristo, que sigue la enseñanza de las Sagradas Escrituras y quiere ser fiel custodia y propagadora de las mismas, rechazando toda doctrina y práctica que a ellas sea contraria y sosteniendo la fe y el orden de los siglos primitivos».

Un joven de nuestra Iglesia, Juan Estruch, escribió hace ya varios años un libro titulado *Ecumenismo, actitud espiritual,* y es así —pensamos— como el Ecumenismo, para que produzca frutos, debe ser entendido y practicado. Porque no debemos buscar, sea como sea, la unión de los Cristianos, sino, en una actitud espiritual de humildad, tratar de comprender qué tienen otras Iglesias más conforme a las enseñanzas de las Sagradas Escrituras que aquélla a la que pertenecemos, y, sobre todo, en cuanto al ejemplo y a las enseñanzas de Jesucristo, la Palabra de Dios encarnada, pues de esta manera puede haber un mutuo enriquecimiento espiritual que, acercándonos a todos los cristianos más y más a Cristo, nos haga estar más cerca los unos de los otros, colaborando en todo aquello en que debamos colaborar... para que el mundo crea, y en un clima de respeto, de tolerancia, de comprensión, de amor.

Como se señala en el documento *Ad totam Ecclesiam,* del Secretariado para fomentar la Unidad de los Cristianos, de 14 de mayo de 1967, para ejecutar aquello que acerca de la materia ecuménica fue promulgado por el Concilio Vaticano II, «el movimiento ecuménico empieza por aquella renovación con la cual la Iglesia manifiesta más plena y más perfectamente la verdad y la santidad enseñadas por Cristo Señor. De esta renovación debe participar cada uno de los fieles, como miembro de la Iglesia, de tal forma que crezca en la fe, la esperanza y la caridad y, por medio de su propia vida cristiana, dentro de la Iglesia dé testimonio de Dios y de nuestro Salvador Jesucristo.»

El que fue primer Secretario del Consejo Mundial de las Iglesias, el Dr. Wisser't Hooft, dice en su libro *Le renouveau de l'Eglise* que muchos oponen voluntariamente unidad y renovación, temiendo que la renovación de la Iglesia sea germen de divisiones. Y añade que, en la Escritura, unidad y renovación van siempre juntas, señalando que el don de la renovación es dado para la utilidad común, para la edificación de todo el cuerpo en su unidad, como afirma San Pablo.

Y continúa diciendo que ello es así porque la renovación, o la reformación de la Iglesia por el Santo Espíritu, es el combate dirigido por Dios, en la Iglesia y por la Iglesia, contra todos los ídolos, contra todo lo que toma el lugar de Dios en la Iglesia y en el mundo.

Este combate de que habla en su libro el ilustre prohombre ecuménico el el servicio indispensable que la Iglesia debe al mundo, y que hace de su búsqueda de la unidad algo distinto que un pequeño asunto interno, o una puesta en orden de algo que sólo a la Iglesia concierne.

Por ello la Iglesia misma ha de entregarse, ofrecerse en este combate de Dios contra los propios ídolos que en la Iglesia existen, aceptando y pidiendo la intervención de Dios cada vez que, de una u otra forma, y en una u otra Iglesia, el creyente, de modo individual, o un grupo de creyentes, resisten al Espíritu Santo, y aun tratan de monopolizarle para uso exclusivo.

Ese combate debe llevar al arrepentimiento, es decir, al acto por el cual la Iglesia acepta volver al solo y único Señor, a su autoridad soberana, para dejarle, por Su Palabra, que ponga cada cosa en su lugar. Ese arrepentimiento constituye la verdadera reforma. Y cada vez que se produce, la Iglesia y las iglesias dan un paso de firme avance en la búsqueda, y hacia la consecución de la unidad cristiana, meta a la que por lejana que aún esté ha de tender toda acción verdaderamente ecuménica. Pero, eso sí, hacia una unidad fundamentada en la verdad, por la que Jesucristo oró en la llamada oración sacerdotal (Evangelio de San Juan, cap. 17).

LA BUSQUEDA DE LA UNIDAD

¿A qué ha de atribuirse que, en general, no pueda verse hoy día el entusiasmo desbordante característico de los primeros contactos ecuménicos entre cristianos de las diversas Iglesias? (La pregunta, desde luego, la refiero principalmente a España, pero pensamos que puede hacerse en otros muchos países, siendo igualmente válida.)

A nuestro pecado, a nuestro orgullo espiritual o intelectual, a la falta de amor de los unos para con los otros.

Notad que he dicho, como la causa primera, nuestro pecado, y no el de otro o el de otros. Conviene que todos pidamos perdón a Dios por todas las frases, por todas las palabras con las que, a veces sin darnos cuenta, nos herimos los unos a los otros. Por todos los pensamientos, todas las doctrinas, todas las instituciones, que son únicamente nuestras doctrinas, nuestras instituciones, nuestros pensamientos.

Al tiempo que digo esto he de manifestar que la lentitud y aun los obstáculos que, en ocasiones, parecen verse en cuanto a la meta de la unidad cristiana, pueden ser también el signo de la misericordia de Dios.

Porque, a menudo, la búsqueda de la unidad cristiana es considerada por muchos como una empresa humana, y se hace preciso estar siempre vigilantes contra una especie de mística de la unidad, que hace confundir a muchos hombres su propia obra con la del Espíritu Santo y olvidar que la unidad nunca habrá de llegar sin Dios mismo, sin toda la fuerza del Santo Espíritu.

Por eso, la demora en su consecución hemos de entenderla como un signo de Dios, que en su misericordia quiere impedir que la unidad cristiana llegue mal. Es la señal de que la búsqueda de la unidad no puede prescindir de la Cruz, haciéndola vana, como diría San Pablo. Toda verdadera búsqueda de la unidad no puede intentarse sino bajo la Cruz de Cristo, que nos revela nuestro pecado y su perdón.

A esto tenemos que añadir que la búsqueda de la unidad está también bajo el signo de la Resurrección. Y por eso podemos decir que la unidad no habrá de venir de nosotros ni por nosotros, y que hemos de creer más y más firmemente de día en día que la unidad vendrá por la victoria de Dios, la de la Resurrección.

Para entender esto se hace preciso subir más alto e ir más lejos, a fin de encontrar el fundamento de nuestra certidumbre y de nuestra esperanza.

Es necesario subir hasta Dios mismo, hacia la unidad que está en El. Subir hasta el Dios que es amor, y no sólo amor para los hombres, sino amor en Sí mismo. Es preciso subir siempre hacia esa unidad presente entre el Padre y el Hijo, y recordar las palabras de Jesús que la define: «Yo y el Padre una cosa somos» (S. Juan, 10:30).

Esta unidad, desde toda eternidad, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, esa unidad de la Palabra que era con Dios y que era Dios, como

se nos dice en el prólogo del Evangelio de San Juan, ha de llegar a ser perfectamente visible, y se manifestará en el día que toda la Escritura anuncia y al que sus últimas palabras apelan: En el día del Reino de Dios en el cual, como dice San Pablo escribiendo a los filipenses, habrá de doblarse ante Cristo toda rodilla, de los que están en los cielos, y de los que están en la tierra, y de los que están debajo de la tierra, y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor a la gloria de Dios Padre. Una unidad que, como bien se ha dicho, no sería ya más la unidad de los creyentes, sino la de los videntes.

Para ilustrar esto, lo que es imposible aquí, sería necesario citar y citar textos y más textos de las Escrituras, desde las grandes visiones de Ezequiel hasta la gran visión de la nueva Jerusalén con la que termina el Apocalipsis, pasando por la esperanza de San Pablo y escuchando, sobre todo, las promesas que jalonan las enseñanzas de Cristo.

La unidad debe situarse entre la unidad original, eterna, fundamental, de Dios, y la unidad final de su Reino. Entre esos dos polos que la Palabra de Dios nos revela.

Pero entre esos dos polos Dios no nos ha dejado en una especie de vacío, en la contemplación de su inaccesible unidad, y con la esperanza de un futuro inalcanzable.

El Dios uno, el Dios de la unidad, se ha hecho hombre. La Palabra que era con El se ha hecho carne. Y el Reino de Dios se ha acercado a nosotros. Lo que ha de venir ya ha venido. Lo propio del futuro de Dios es ser un presente, que no sólo es algo, sino Alguien. Así, el futuro del Reino no es sólo metafísico, sino también cronológico. Esa unidad que está llegando, y por la cual nos afanamos, está en el tiempo, en la historia, en el mundo, y tiene un nombre: Jesucristo. La unidad es Alguien que ha habitado entre nosotros. Alguien que es nuestra paz, como afirma San Pablo. Alguien que, por su muerte y su resurrección, nos trae la unidad. De ahí que, como se desprende de Romanos, 6:5, tengamos que considerar nuestra unión con Cristo como base de nuestra unidad cristiana.

Por tanto, cuando Jesús pide la unidad, cuando ora por la unidad, la unidad ya está ahí, porque, como El mismo dijo, el Padre le oye siempre. Cuando muere es por la unidad, como lo afirmara el sumo pontífice de quien nos habla San Juan en su Evangelio (cap. 11, vs. 51,52) y que, sin quererlo, profetiza que «Jesús debía morir por la nación», y no sólo por aquella nación, sino también para juntar en uno los hijos de Dios dispersos.

EL BUEN CAMINO DE LA UNIDAD

Con un sentido práctico sobre este gran tema de la unidad cristiana, meta de toda acción ecuménica que, en verdad, merezca tal calificativo, consideremos brevemente algunas cosas que debemos evitar y otras que debemos realizar para contribuir, en la medida de nuestras fuerzas y posibilidades, a que ese gran ideal sea cuanto antes una bendita realidad.

Es frecuente que, a causa de la dificultad para su consecución, haya quienes, con recta intención (no tenemos por qué dudarlo), busquen sendas erróneas, pero que les permiten transitar muy a gusto por ellas.

Un camino erróneo en la búsqueda de la unidad cristiana será el de buscar la unidad meramente por temor a un enemigo que cabe denominar común. Con frecuencia se repite que todos los cristianos debemos unirnos a causa de los peligros que nos amenazan: los del materialismo, los de los paganismos recientes, los del Islam, etc. Ciertamente, la unidad de los cristianos debe producir, como resultado, un testimonio más fuerte ante el mundo, una predicación, una evangelización, más vigorosas, sin competencias desleales ni excesivas exclusiones. El mismo Jesús lo indicó cuando, en la oración sacerdotal, pidió la unidad de los suyos «para que el mundo crea». Y todo trabajo por la unidad no debe olvidar esta perspectiva, pero sin hacer nunca de la unidad cristiana (ni considerar que en hacerlo consiste el ecumenismo) uno de esos frentes comunes que no tienen otra cohesión que la amenaza de un enemigo.

Otro camino erróneo es el del confusionismo doctrinal, dispuesto a retener únicamente, a fin de facilitar la unidad y hacerla posible a corto plazo, un mínimo de creencias comunes a todas las Iglesias cristianas.

A menudo se acusa a los teólogos de preocuparse por sutilezas inútiles, y muchos cristianos muy fieles se preguntan: ¿Por qué hablar de lo que nos separa? ¿No sería más conveniente hablar únicamente de lo que nos une? ¿No tenemos un mismo Dios, y un mismo Salvador, Jesucristo? ¿Por qué preocuparse de otras cosas? En ocasiones casi hay que inclinarse a pensar que lo que algunos pretenden es «endulzar» el Evangelio, y aun querer subastar, a bajo precio, las más firmes convicciones de los creyentes.

Un tercer camino erróneo es el de pretender la unidad cristiana concibiéndola solamente como el retorno de todas las Confesiones o Iglesias cristianas existentes a una de ellas, la única buena y verdadera. (Debo

añadir que, al hablar de esta forma, me estoy refiriendo, sí, principalmente a la Iglesia Católica Romana, pero también a otras Iglesias que conciben igualmente la unidad cristiana como la aceptación por parte de las demás de su doctrina, organización y estructuras.)

Estos tres caminos erróneos, y otros semejantes, que no podemos citar para no hacer demasiado extenso nuestro escrito, sólo pueden llevar a situaciones estériles, pues hacen de la unidad cristiana no la obra de Dios, sino una obra humana y, por consiguiente, condenada de antemano al fracaso.

El buen camino es el que nos traza Dios en Su Palabra, porque es en la medida en que juntos escuchemos lo que nos dice la Sagrada Escritura como habrá de realizarse una renovación bíblica, y como todos los cristianos podremos marchar unidos en la búsqueda de la unidad, realizando así una verdadera labor ecuménica.

Para intentar conseguir esto, ¿por qué caminos debemos transitar?

Por el camino de la renovación de la Iglesia, y aún cabría decir el de la reforma de la Iglesia, si a este término no se diese, a veces, un sentido inexacto.

De lo que se trata es de decir que la marcha hacia la unidad cristiana implica siempre en la Iglesia (que todos los cristianos sabemos que es Una, aunque en el mundo, y ante el mundo, se presente dividida) una acción viva del Santo Espíritu, y de la cual muchos pensamos que la reforma del siglo XVI fue un momento.

Nos gusta la palabra «reforma» y no sólo la de «renovación», porque no se trata únicamente de nuevas manifestaciones de vitalidad, o de un pasar del sueño a la acción, o de un simple avivamiento.

¿Cuándo será este deseado ideal de la unidad cristiana una realidad? Hemos de saber tener paciencia, y no perder jamás la confianza, pensando que, como dijo el profeta Isaías (capítulo 55, versículo 9) los caminos de Dios son más altos que nuestros caminos, y sus pensamientos también más altos que nuestros pensamientos. Pensando que la impaciencia humana debe saber mirarse en la paciencia divina, y saber esperar, con la esperanza que sabe esperar en Dios. Y una esperanza así nunca puede llevar a decepción ni a frustración.

El anterior arzobispo de Cantérbury, Dr. Michael Ramsey, ha dicho así: «Lo mismo que el camino de la santidad no puede ser apresurado

ni tampoco el camino de la verdad, así también hay, por lo que se refiere a la Unidad, una divina paciencia. Guardándonos contra la confusión de la divina paciencia y nuestra humana pereza, sabemos que hay una divina paciencia que debe ser imitada en nuestra paciencia con respecto a otros, nuestra paciencia con nosotros mismos y nuestra paciencia con la eterna paciencia de Dios. La paciencia incluye el deseo de esperar que la bendición de Dios sobre nuestros planes acariciados no se logre, separados éstos de la sabiduría divina, sino dependiendo de ella, que nos reúna en santidad y verdad.»